

especial para El Norte, edición del 7 de julio de 1991

El riesgo de un domingo siete

miguel ángel granados chapa

*Domingo  
Si se publicó*

Nada suple a las vivencias directas, o al menos a la observación sobre el terreno. Por eso, escribir en este domingo sobre las elecciones estatales en Nuevo León, desde la ciudad de México, ofrece un riesgo parecido al del empresario que quiere vender zapatos en León o helados en el Polo Norte. Pero, al mismo tiempo, la perspectiva que da la distancia puede ser útil como un instrumento, entre otros, para la cabal comprensión del fenómeno que hoy viven los ciudadanos nuevoleonenses.

Primero que nada conviene hacer un apunte, en varios planos, sobre la singularidad de los comicios en este día. En los restantes seis estados donde también se renovarán poderes locales, las elecciones respectivas se efectuarán en la misma fecha que las federales, pues se movieron los calendarios correspondientes a fin de no celebrar más de una jornada electoral. Los habitantes de Nuevo León, en cambio, tendrán tres procesos distintos, con desenlace en días diversos, lo cual obviamente fatigará a los electores. Puede avizorarse que en noviembre, cuando se elijan uayuntamientos, la concurrencia electoral estará disminuida, aunque se trate del gobierno más próximo a los intereses ciudadanos, por tanto ir y venir a las urnas. En términos de recursos materiales y financieros, es claro también que la mayor parte de los partidos malamente pueden sostener tres campañas, que cada una por sus peculiaridades demanda esfuerzos considerables. Desde el Distrito Federal nos preguntamos si no era hacedera una reforma que como en Campeche, Colima, Guanajuato, Querétaro, San Luis Potosí y Sonora, mudara la fecha de la elección estatal. Juntos, los comicios de esta naturaleza y los federales, atraen mayor atención pública y permiten a los partidos matar dos pájaros de una pedrada.

De cualquier modo, Nuevo León queda con la singularidad de efectuar elecciones antes que en cualquier parte y por ello sus comicios adquieren el carácter de anuncio de lo que vendrá. No es que el resultado de la elección de hoy sea preámbulo, en términos numéricos, de distribución de votos, de lo que ocurrirá

rá en el resto del país, porque en cada caso obran circunstancias particulares. Pero hay fenómenos generales, como la actitud gubernamental, que se manifestará en ~~xxxxxx~~ la jornada electoral del 18 de agosto en función de lo que acontezca hoy. Es decir, esta fecha dará la pauta para esperar o temer dentro de mes y medio.

La cuestión previa a la jornada electoral más importante fue la relativa a las credenciales y la posibilidad de que los partidos revisen las listas nominales de electores. Aunque se trata de elecciones locales, bajo la autoridad de la comisión estatal, se utilizan los medios documentales del Registro Federal Electoral. Este resintió graves retrasos a causa de decisiones adoptadas por los partidos en su conjunto, respecto de demorar el plazo de inscripción de los ciudadanos en el catálogo general, lo que obliga a un lógico atrasamiento en cadena del resto de las operaciones previas a la elección. Eso no quita, por supuesto, que el gobierno haya aprovechado la circunstancia para propiciar un cierto tortuguismo en la credencialización. No es que sea posible, como asegura la oposición, rasurar el padrón, es decir quitar de él nombres específicos. A nadie se le ocurriría suprimir de la lista de votantes a Lucas de la Garza, por ejemplo, cuya filiación opositora es clara, porque él mismo reclamaría enseguida su inclusión. Y en cambio no es posible excluir a personas cuyo nombre por sí no indica ni puede indicar su posición partidaria. Sí es posible hacer entregas retardadas, o de plano dejar de hacerlas, en zonas detectadas como eventualmente riesgosas, para disminuir precisamente el riesgo. Pero al hacerlo se impide que votantes no identificados por sus simpatías puedan votar por el PRI, y en cambio no se evita que los militantes afectados adversamente acudan a las instancias respectivas en pos de su credencial. Lo cierto es que, como la abstención tiende en general a beneficiar al PRI, que de ese modo asegura al menos su papel de minoría más grande que las demás, tendemos a suponer que la demora en esta última fase previa a la jornada electoral dista de ser un inocente problema técnico y logístico, sino que está cargado de intención política.

Los partidos dispusieron de casi sólo horas para examinar los listados de votantes, y en ese breve lapso detectaron irregularidades que no por ser escasas dejan de llegar a un volumen que puede, eventualmente, ser determinante del resultado electoral. Si como se supone, hay una reñida competencia entre por lo menos tres candidatos, porcentajes hasta del diez por ciento en favor o en perjuicio de un partido pueden hacer la diferencia entre ganar y perder.

Dijimos que hay competencia entre candidatos, y no entre partidos, porque como viene siendo ya usual, en el caso de Nuevo León pesan mucho las personalidades de los contendientes, aunque por supuesto la eficacia de la estructura partidista tiene relevancia. Pero en el caso, el modo de ser y de actuar de los aspirantes Sócrates Rizzo, Rogelio Sada y Lucas de la Garza ameritan párrafo de alguna extensión.

En Rizzo se concreta el primer paso abierto del salinismo por establecerse de modo permanente como fuerza política de naturaleza propia, distinta de la del PRI, aunque se finque en sus procedimientos y sus recursos. Con tantos títulos como Colosio, Chirinos, Camacho, Rizzo hubiera podido permanecer en la ciudad de México en altos niveles del gobierno federal, o ser llamado a ellos cuando tomó posesión su cercano amigo el Presidente Salinas. Pero en el evidente proyecto de toma de posiciones firmes y duraderas no sólo en la esfera federal, a Rizzo le correspondía el enclave nuevoleonés, como a Rogelio Ontemayor y a Manuel Cavazos Lerma les tocaban Coahuila y Tamaulipas, en un trazo que ha ido siendo recorrido puntualmente. En eso radica la fuerza de su candidatura, y el riesgo para la democracia: de que se le quiera asentar en la silla gubernamental tope donde tope, cueste lo que cueste.

No quiero decir que, por fuerza, Rizzo esté condenado a perder, y que sólo mediante argucias de mala fe, mediante trampas, pueda ganar. Aunque haya que tomar las cifras electorales siempre con un granito de sal, para someterlas a un proceso de crítica, porque con frecuencia fueron adulteradas y al recordarlas sin tener presente ese hecho se da nueva eficacia a la mentira, no podemos dejar

de tener presentes los resultados previos, tanto en el ámbito local como en el federal. Los márgenes por los cuales se atribuyó el triunfo al PRI en 1988 y en 1985, son tan anchos, que aun corrigiendo los números ~~por~~ mediante la presunción de un alto porcentaje de irregularidad, es dable suponer que existe un electorado priísta cierto. Es más razonable suponerlo hoy, en vista de las expresiones de apoyo que muchos ciudadanos de Nuevo León dan a la persona y a la política de Presidente Salinas. Y aunque él no es candidato, se las ha arreglado para hacer sentir su cercanía y apoyo a Rizzo, desde que influyó para que fuera presidente del PRI estatal y presidente municipal de Monterrey, cuya alcaldía llegó a tener más fuerza y presencia que la menguante del gobernador que se va. Rizzo, a su vez, no pierde ocasión de hacer patente esa identificación con las metas y el modo de ser de Salinas.

No se puede medir, por la concurrencia a la macroplaza en su fiesta de fin de campaña, la ~~fuertísima~~ talla de su dimensión electoral, porque hay distancia entre asistir a un espectáculo gratuito y mostrar con ello una identidad política. Quienes ~~no~~ insistan en creer que las grandes muchedumbres priístas a la antigua usanza son indicio de votaciones altas (si lo fueron alguna vez) harían bien en recordar la rumbosísima manifestación con que cerró el propio Salinas su campaña presidencial en junio de 1988 en el Distrito Federal, cuyo electorado ~~le~~ volvió la espalda en forma espectacular.

Algo más dice, en cambio, respecto de su intención de voto, la ~~propia~~ concentración de ciudadanos en la propia macroplaza en el cierre de las actividades electorales de Sada. La fiesta de Rizzo no tuvo nada de política, salvo la convocatoria y el fin explícito. La de Sada, en cambio, soportó los discursos del candidato y otros panistas sobresalientes. El riesgo de fatigar a una multitud es grande cuando no hay complicidades entre ella y los organizadores. En el caso del mitin panista, la identificación entre la concurrencia y el presidium fue manifiesta, y augura que la votación blanquiazul no será tan flaca como anunciar

A diferencia de ~~de~~ Rizzo, que salió de Monterrey y sólo volvió al ibflujo de un proyecto político nacional, Sada ha permanecido en su entidad todo el tiempo, aunque su arraigo no le haya dado condición aldeana. Lejos de eso, su ancho espíritu abarca lo mismo las artes que la capacidad de gestión y, sobre todo, la percepción clara en favor de la democracia. Es riesgoso aventurarse en atribuir dotes quijotescas a nadie, porque la grandeza del señor de La Mancha empequeñece a ~~quienes se pretende señalar como sus émulos~~ quienes se pretende señalar como sus émulos, pero mucho del desprendimiento y la osadía, no de la locura, hay en personalidades como la de Sada, que afronta las vicisitudes de la oposición política cuando hubiera podido permanecer en las cumbres en que vivía.

Decisión semejante adoptó De la Garza. A estas alturas quizá hubiera podido ser candidato pri'ista a la gubernatura, como su propio hermano lo es (a una diputación federal). Aunque cercano al gobernador Jorge Treviño, sus relaciones personales y su biografía política e intelectual le habrían dado el tañante que el salinismo reclama para gobernar la entidad de donde se hizo hijo adoptivo el Jefe del Estado. Pero resolvió en cambio abandonar una posición cómoda y caminar por sendas desconocidas. Hasta ahora lo ha hecho con soltura y eficacia. Quizá tiene menos posibilidades que los dos restantes, pero como hemos dicho en otra parte, a estas alturas es ya un ganador, porque colocó a su partido en la geografía política de un estado donde sólo había espacio para dos.

Ahora en cambio parece que sólo lo hay para tres. Los restantes partidos y candidatos apenas han pintado en la campaña, y apenas pintarán en la votación. Será mejor así. Los ciudadanos deben resolver cuántos y qu'e partidos existan, y no determinaciones capciosas o interesadas de la autoridad. La multiplicación de opciones partidarias es sana cuando es real, porque permite la expresión de posiciones variadas. Pero cuando se trata de ficciones creadas para simular la democracia y al mismo tiempo confundir a los ciudadanos, es de esperarse que éstos digan con su voto quiénes son dignos de quedarse en la escena.

07 JUL 1991 EL NORTE

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

# El riesgo de un domingo 7

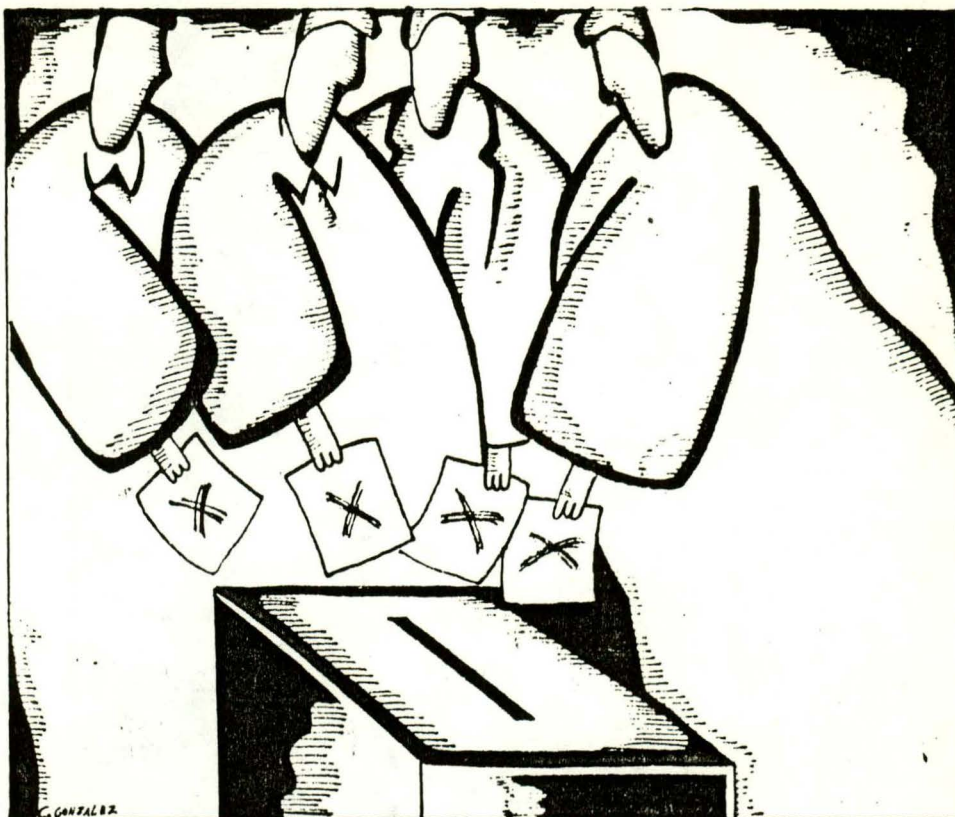
**N**ada suple a las vivencias directas, o al menos a la observación sobre el terreno. Por eso, escribir en este domingo sobre las elecciones estatales en Nuevo León, desde la Ciudad de México, ofrece un riesgo parecido al del empresario que quiere vender zapatos en León o helados en el Polo Norte.

Pero, al mismo tiempo, la perspectiva que da la distancia puede ser útil como un instrumento, entre otros, para la cabal comprensión del fenómeno que hoy viven los ciudadanos nuevo-leoneses.

Primero que nada conviene hacer un apunte, en varios planos, sobre la singularidad de los comicios en este día. En los restantes seis estados donde también se renovarán poderes locales, las elecciones respectivas se efectuarán en la misma fecha que las federales, pues se movieron los calendarios correspondientes a fin de no celebrar más de una jornada electoral.

Los habitantes de Nuevo León, en cambio, tendrán tres procesos distintos, con desenlace en días diversos, lo cual obviamente fatigará a los electores.

Puede avizorarse que en noviembre, cuando se elijan ayuntamientos, la concurrencia electoral estará disminu-



da, aunque se trate del gobierno más próximo a los intereses ciudadanos, por tanto ir y venir a las urnas.

En términos de recursos materiales y financieros es claro también que la mayor parte de los partidos malamente pueden sostener tres campañas, que cada una por sus peculiaridades demanda esfuerzos considerables.

Desde el Distrito Federal nos preguntamos si no era hacedera una reforma que como en Campeche, Colima, Guanajuato, Querétaro, San Luis Potosí y Sonora mudara la fecha de la elección estatal. Juntos, los comicios de esta naturaleza y los federales, atraen mayor atención pública y permiten a los partidos matar dos pájaros de una pedrada.

De cualquier modo, Nuevo León queda con la singularidad de efectuar elecciones antes que en cualquier parte y por ello sus comicios adquieren el carácter de anuncio de lo que vendrá.

Hay fenómenos generales, como la actitud gubernamental, que se manifestará en la jornada electoral del 18 de agosto en función de lo que acontezca hoy. Es decir, esta fecha dará la pauta para esperar o temer dentro de mes y medio.

La cuestión previa a la jornada electoral más importante fue la relativa a las credenciales y la posibilidad de que los partidos revisen las listas nominales de electores. Aunque se trata de elecciones locales, bajo la autoridad de la comisión estatal, se utilizan los medios documentales del Registro Federal Electoral.

Este resintió graves retrasos a causa de decisiones adoptadas por los partidos en su conjunto, respecto de demorar el plazo de inscripción de los ciudadanos en el catálogo general, lo que obliga a un lógico atrasamiento en cadena del resto de las operaciones previas a la elección.

Eso no quita, por supuesto, que el gobierno haya aprovechado la circunstancia para propiciar un cierto tortuismo en la credencialización.

No es que sea posible, como asegura la oposición, "rasurar" el padrón, es decir, quitar de él nombres específicos. A nadie se le ocurriría suprimir de la lista de votantes a Lucas de la Garza, por ejemplo, cuya filiación oposicio-

nista es clara, porque él mismo reclamaría enseguida su inclusión.

Y en cambio no es posible excluir a personas cuyo nombre por sí no indica ni puede indicar su posición partidaria.

Sí es posible hacer entregas retardadas, o de plano dejar de hacerlas, en zonas detectadas como eventualmente riesgosas, para disminuir precisamente el riesgo.

Pero al hacerlo se impide que votantes no identificados por sus simpatías puedan votar por el PRI, y en cambio no se evita que los militantes afectados adversamente acudan a las instancias respectivas en pos de su credencial.

Lo cierto es que, como la abstención tiende en general a beneficiar al PRI, que de ese modo asegura al menos su papel de minoría más grande que las demás, tendemos a suponer que la demora en esta última fase previa a la jornada electoral dista de ser un inocente problema técnico y logístico, sino que está cargado de intención política.

Los partidos dispusieron de casi sólo horas para examinar los listados de votantes, y en ese breve lapso detectaron irregularidades que no por ser escasas dejan de llegar a un volumen que puede, eventualmente, ser determinante del resultado electoral.

Si como se supone, hay una reñida competencia entre por lo menos tres candidatos, porcentajes hasta el diez por ciento en favor o en perjuicio de un partido pueden hacer la diferencia entre ganar y perder.

Dijimos que hay competencia entre candidatos, y no entre partidos, porque como viene siendo ya usual, en el caso de Nuevo León pesan mucho las personalidades de los contendientes, aunque por supuesto la eficacia de la estructura partidista tiene relevancia.

Pero en el caso, el modo de ser y de actuar de los aspirantes Sócrates Rizzo, Rogelio Sada y Lucas de la Garza ameritan párrafos de alguna extensión.

En Rizzo se concreta el primer paso abierto del salinismo por establecerse de modo permanente como fuerza política de naturaleza propia, distinta de la del PRI, aunque se finque en sus procedimientos y sus recursos.

Con tantos títulos como Colosio, Chirinos, Camacho, Rizzo hubiera podi-

do permanecer en la ciudad de México en altos niveles del gobierno federal, o ser llamado a ellos cuando tomó posesión su cercano amigo el Presidente Salinas.

Pero en el evidente proyecto de toma de posiciones firmes y duraderas no sólo en la esfera federal, a Rizzo le correspondía el enclave nuevoleonés, como a Rogelio Montemayor y Manuel Cavazos Lerma les tocaban Coahuila y Tamaulipas, en un trazo que ha ido siendo recorrido puntualmente.

En eso radica la fuerza de su candidatura, y el riesgo para la democracia: de que se le quiera asentar en la silla gubernamental tope donde tope, cueste lo que cueste.

No quiero decir que, por fuerza, Rizzo esté condenado a perder, y que sólo mediante argucias de mala fe, mediante trampas, pueda ganar. Aunque haya que tomar las cifras electorales siempre con un granito de sal, para someterlas a un proceso de crítica, porque con frecuencia fueron adulteradas y al recordarlas sin tener presente ese hecho se da nueva eficacia a la mentira, no podemos dejar de tener presentes los resultados previos, tanto en el ámbito local como en el federal.

Los márgenes por los cuales se atribuyó el triunfo al PRI en 1988 y en 1985, son tan anchos, que aun corrigiendo los números mediante la presunción de un alto porcentaje de irregularidad, es dable suponer que existe un electorado priísta cierto.

Es más razonable suponerlo hoy, en vista de las expresiones de apoyo que muchos ciudadanos de Nuevo León dan a la persona y a la política del Presidente Salinas. Y aunque él no es candidato, se las ha arreglado para hacer sentir su cercanía y apoyo a Rizzo, desde que influyó para que fuera presidente del PRI estatal y presidente municipal de Monterrey, cuya alcaldía llegó a tener más fuerza y presencia que la menguante del gobernador que se va.

Rizzo, a su vez, no pierde ocasión de hacer patente esa identificación con las metas y el modo de ser de Salinas.

No se puede medir, por la concurrencia a la Macroplaza en su fiesta de fin de campaña, la talla de su dimensión electoral, porque hay distancia entre asistir a un espectáculo gratuito y mostrar con ello una identidad política.



Quienes insistan en creer que las grandes muchedumbres priístas a la antigua usanza son indicio de votaciones altas (si lo fueron alguna vez) harían bien en recordar la rumbosísima manifestación con que cerró el propio Salinas su campaña presidencial en junio de 1988 en el Distrito Federal, cuyo electorado le volvió la espalda en forma espectacular.

Algo más dice, en cambio, respecto de su intención de voto, la concentración de ciudadanos en la propia Macroplaza en el cierre de las actividades electorales de Sada.

La fiesta de Rizzo no tuvo nada de política, salvo la convocatoria y el fin explícito. La de Sada, en cambio, soportó los discursos del candidato y otros panistas sobresalientes.

El riesgo de fatigar a una multitud es grande cuando no hay complicidades entre ella y los organizadores. En el caso del mitin panista, la identificación entre la concurrencia y el presidium fue manifiesta, y augura que la votación blanquiazul no será tan flaca como anuncian.

A diferencia de Rizzo, que salió de Monterrey y sólo volvió al influjo de un proyecto político nacional, Sada ha permanecido en su entidad todo el tiempo, aunque su arraigo no le haya dado condición aldeana.

Lejos de eso, su ancho espíritu abarca lo mismo las artes que la capacidad de gestión y, sobre todo, la percepción clara en favor de la democracia.

Es riesgoso aventurarse en atribuir dotes quijotescas a nadie, porque la grandeza del señor de La Mancha empequeñece a quienes se pretende señalar como sus émulos, pero mucho del desprendimiento y la osadía, no de la locura, hay en personalidades como la de Sada, que afronta las vicisitudes de la oposición política cuando hubiera podido permanecer en las cumbres en que vivía.

Decisión semejante adoptó De la Garza. A estas alturas quizá hubiera podido ser candidato priísta a la gubernatura, como su propio hermano lo es (a una diputación federal).

Aunque cercano al gobernador Jorge Treviño, sus relaciones personales y su biografía política e intelectual le habrían dado el talante que el salinismo reclama para gobernar la entidad de donde se hizo hijo adoptivo el Jefe del Estado. Pero resolvió en cambio abandonar una posición cómoda y caminar por sendas desconocidas. Hasta ahora lo ha hecho con soltura y eficacia.

Quizá tiene menos posibilidades que los dos restantes, pero como hemos dicho en otra parte, a estas alturas es ya un ganador, porque colocó a su partido en la geografía política de un estado donde sólo había espacio para dos.

Ahora en cambio parece que sólo lo hay para tres. Los restantes partidos y candidatos apenas han pintado en la campaña, y apenas pintarán en la votación.

Será mejor así. Los ciudadanos deben resolver cuántos y qué partidos existan, y no determinaciones capciosas o interesadas de la autoridad.

La multiplicación de opciones partidarias es sana cuando es real, porque permite la expresión de posiciones variadas. Pero cuando se trata de ficciones creadas para simular la democracia y al mismo tiempo confundir a los ciudadanos, es de esperarse que éstos digan con su voto quiénes son dignos de quedarse en la escena.

